La

Dama

duende.

LA DAMA DUENDE.

COMEDIA EN ZINCO ACTOS,

REFUNDIDA

de la que con el mismo título escribió don Pedro Calderon de la Barca.

POR

DON JOSÉ FERNANDEZ GUERRA.

MÁLAGA.

INPRENTA DE QUINCOZES.

1826.

No son las cosas mismas
las que al honbre alborotan i le espantan,
sinó las opiniones engañosas
que tiene el honbre de las mismas cosas.

Quevedo, doctrina de Epitecto.

Á LA M. I. SEÑORA CONDESA DE LUQUE, MARQUESA DE ALGARINEJO, &c. &c. &c.

Cuando con mano benéfica senbrais de rosas una carrera erizada de malezas i de espinas, i hazeis renazer mi afizion á las obras de injenio, ¿cómo puedo vazilar un instante, señora, en consagraros el primer fruto, aunque débil, de mi rejeneracion literaria? Mas no es este solo el moti-

vo que me anima á ponerle bajo vuestro respetable nonbre. A las brillantes cualidades del corazon reunis las mas sobresalientes dotes del entendimiento. Por eso si mi refundizion de La dama duende *mereze vuestro agrado, no solo habré conseguido el fin único á que aspirara, sinó que tendré ademas la dulze conplazenzia de haberme ocupado azertadamente; porque solo el mérito i el azierto obtendrian vuestra aprobazion.*

¿I porqué así os ruborizais, señora? Las verdades que yo publico, por inportu-

nas que os parezcan, las sabe todo el mundo; i sola vos, eminentemente modesta, procurais ignorarlas.

Rezibid pues este rendido homenaje de mi gratitud, i permitid al ménos que publique, en toda la efusion de mi alma, que soi i seré sienpre vuestro mejor amigo, &c.

José Fernandez Guerra.

Entre las comedias del fecundo i elegante Calderon merezia, sin duda, uno de los lugares mas distinguidos la que se conoze con el título de La dama duende. *Con efecto la novedad orijinal del argumento, la verdad de los caracteres, una multitud de eszenas i de situaziones cómicas, i las grazias i sales derramadas con profusion en toda ella la hazian sumamente apreziable. Por otra parte el fin de esta obra era el de atacar una preocupazion tan je-*

neral como ridícula, que habia llegado á apoderarse del pueblo español, i de la que aun está mui léjos de hallarse totalmente curado. La existenzia de los duendes, fantasmas, trasgos, &c. estaba rezibida entre nosotros en aquel siglo como un hecho seguro i constante; i, aunque esta errónea opinion no mereziese mas que la risa i el desprezio, eran de tal truszendenzia los males que ocasionaba que fue preziso hazer uso de cuantos medios pudieron enplearse á fin de procurar destruirla. Así es que todos los buenos escritores de aquella época la inpugnaron de una manera incontrastable; aunque por desgrazia con mui poco fruto, porque las clases en las cuales estaba mas arrai-

gado el error apénas conozian tales producziones. Atacóle pues Calderon, convenzido de esta verdad, en el lugar mas á propósito para lograr su objeto. Hizo ver sobre la eszena, en la persona de Cosme, cuan digno de burla era el espanto que causaban al vulgo aquellos supuestos espíritus; en la de don Manuel la fuerza de una preocupazion que podia hazer vazilar aun á las personas mas sensatas; i, en las de las mujeres, que nada es mas fázil á la astuzia i al engaño que produzir, con los medios mas senzillos i naturales, efectos al parezer maravillosos i superiores á las fuerzas humanas. Un plan cuya utilidad era tan conozida é indudable, junto con las de-

mas cualidades que hazian recomendable esta conposizion, hubiera debido ponerla en la primera línea de nuestras mejores comedias; pero desgraziadamente su mérito se encontraba como eclisado por los defectos propios de la época en que se escribió, i su marcha era tan irregular como la de la mayor parte de las otras obras de aquel injenio. El desenbarazarla de estos borrones, i presentarla á los ojos del público adornada con todas sus bellezas, era enpresa digna de la ilustrazion i del patriotismo. Arrostróla uno de nuestros primeros literatos; i esta preferenzia conzedida á La dama duende *por un honbre que hasta ahora no ha tenido rival entre nosotros, aca-*

bó de confirmar la opinion favorable que sienpre habia merezido esta pieza. Pero por una fatalidad que solo puede atribuirse á las dificultades casi insuperables que se le ofrezieron en su proyecto, le abandonó, dejando concluidas únicamente las dos primeras jornadas, i habiendo conservado la multitud de personajes inútiles que entorpezian la marcha de la aczion, muchos defectos del estilo, i, sobre todo, las continuas mudanzas de eszena que destruian del todo la unidad de lugar: de forma que su trabajo se redujo á añadir algunas grazias á las muchas de que ya abundaba el orijinal. Quedó aquel por consecuenzia infructuoso; pero á lo ménos ha tenido la venta-

ja de servir de emulazion á nuestros literatos, i ha dado oríjen á una nueva i conpleta refundizion, que ha satisfecho todos los deseos i ha llenado todas las esperanzas. Efectivamente La dama duende *en el dia es una comedia regularísima: las tres unidades estan observadas en ella con la mayor exactitud: se han hecho desaparezer las personas que, retardando la aczion, servian ademas para enbrollarla: la eleganzia, la pureza i la naturalidad han suzedido en el estilo á la hinchazon, á la oscuridad i al culteranismo: todas las sales cómicas que se encontraban tanto en la antigua como en las dos jornadas que se han indicado, han sido conservadas; mu-*

chas se han mejorado, i no pocas se han añadido: en una palabra, se ha conseguido formar una pieza en la que será mui difízil, en mi opinion encontrar el mas lijero defecto, si se observa con la fria inparzialidad de la justizia. La aczion es senzilla i natural; todos los inzidentes nazen por sí mismos, i nada hai forzado, nada que pueda causar repugnanzia á la razon. Los amores de doña Ánjela i de don Manuel estan tan bien motivados, graduados con tal arte, i conduzidos con tanta perfeczion que es inposible, aun á los ojos mas severos, encontrar en ellos ninguna inverosimilitud, apesar del corto tienpo en que estan contenidos. I enfin la dezenzia i el decoro públi-

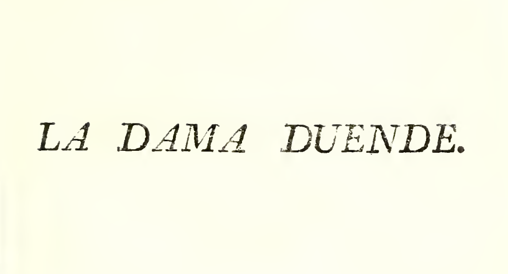
co acaso jamas habrán sido respetados tan relijiosamente como en esta hermosa conposizion: reuniéndose á las bellezas que van indicadas el encanto de una versificazion poética i armoniosa.

Tal es el juizio que tenia formado de la antigua Dama duende, *i tal el que me ha arrancado la refundizion que acabo de leer. Una i otra prueban de un modo incontestable que si nuestro pais ha sido la cuna de algunas preocupaziones tan ridículas como perjudiziales, tanbien ha produzido, en reconpensa, los remedios que, despues de haber curado aquellos males, sirven á nuestro recreo, i son eternos monumentos de gloria para nuestra literatura. En-*

tre tanto una de esas naziones que se disputan el título de zivilizadas por eszelenzia, esa misma que, despreziándonos, nos conparaba con los habitantes de los desiertos del África, i que tanto nos ha ridiculizado por el desarreglo de nuestras comedias antiguas; ahora, en el siglo de la filosofia i del buen gusto, está infestando á la Europa con conposiziones mostruosas, contrarias á un mismo tienpo á las reglas del arte i á la razon. El vánpiro, *ese detestable drama, en el que nos han regalado una nueva supertizion, convenzerá al mas incrédulo de la exactitud de lo que acabo de dezir; así como la lectura de* La dama duende *refundida hará ver de una*

manera indudable la inparzialidad con que he procurado manifestar mi opinion con respecto á ella.

De usted sinzero invariable amigo.=Antonio de Miguel.



LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

DON LUIS.
DOÑA ÁNJELA.
DOÑA JUANA.
DON MANUEL.
COSME.
BEATRIZ.
CRIADAS, *que no hablan.*

La eszena es en Madrid. El teatro representa, en el primer acto, una habitazion de la casa de doña Ánjela. En los restantes un cuarto de la casa de don Luis, en el que se supone hospedado á don Manuel. Tendrá, en el fondo, una alazena zerrada de cristales, con vasos, búcaros i porzelanas dentro: en el ángulo de la derecha una puerta, que sirve de entrada, enmedio de dos ventanas con rejas; i en el de la izquierda dos dormitorios. El cuarto estará adornado con bufete, sillas, copa, un tapete, &c. La aczion empieza al fin de la tarde, i acaba en la noche siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESZENA I.

Doña Ánjela i Beatriz.

BEATRIZ.

Descobijémonos presto;
porque si tu hermano viene,
i alguna sospecha tiene,
no la confirme con esto
de hallarte de la manera
que en el Prado te encontró.

DOÑA ÁNJELA.

¡Válgame el zielo! ¡que yo
entre dos paredes muera!

BEATRIZ.

¡Que así una mujer se abata!

DOÑA ÁNJELA.

¡Ai, Beatriz!

BEATRIZ.

No admite duda,

*

señora, que al verte viuda,
linda, jóven i con plata
tus hermanos, cuidadosos
te velan; porque este estado
es el mas ocasionado
á delitos amorosos;
i mas en la corte hoi,
donde se han dado en usar
unas viuditas de azar
que escandalizada estoi.
Mas injusto considero
que en esto el tienpo perdamos.
¿Cómo pues nos olvidamos
del bizarro forastero
á quien tu honor encargaste
i tu caballero hiziste?

DOÑA ÁNJELA.

Pareze que me leiste
el alma en eso que hablaste.
»Honor i vida me va
(díjele) en que no me siga
ese hidalgo, ni consiga
conozerme.« »No será
(me respondió dezidido).«
Al instante le dejé;

i á poco rato escuché
de los azeros el ruido.

BEATRIZ.

Fortuna que con él dieras.

DOÑA ÁNJELA.

Nunca pude imajinar
que llegaria á tomar
mi conflicto tan de veras.
¡Ai, Beatriz, cuan obligada
le estoi! Conozco que fui
nezia en enpeñarle así.
Mas una mujer turbada
¡en qué de peligros toca!

BEATRIZ.

Algo peor fuera el lanze
á darnos don Luis alcanze.

DOÑA ÁNJELA.

Él llega.

BEATRIZ.

Puntito en boca.

ESZENA II.

Dichas i don Luis.

DON LUIS.

Ánjela.

DOÑA ÁNJELA.

Hermano i señor.
Turbado i confuso vienes.
¿Qué ha suzedido? ¿Qué tienes?

DON LUIS.

Harto tengo: tengo honor.

DOÑA ÁNJELA.

[1] ¡Ai, triste! Sin duda es
que don Luis me ha conozido.

DON LUIS.

I así en el alma he sentido
ver que llegue á tanto....

DOÑA ÁNJELA.

Pues
¿quién pudiera ocasionar
la pena que en ti se advierte?

DON LUIS.

Tú eres la causa, i el verte,
querida hermana, estimar
de nuestro hermano tan poco....

---

[1] Aparte.

DOÑA ÁNJELA.

[1] Eso sí.

DON LUIS.

Que nos envia
un huesped, cuando debia
(á no ser tan nezio i loco)
aminorar, i no hazer
mas grave, tu sentimiento;
pues, zerrada en tu aposento,
ni aun la calle podrás ver.
Ya el corazon me anunzió
este mal, i aun ha pagado
el huesped tan justo enfado
con la sangre que vertió.

DOÑA ÁNJELA.

¿Pues cómo....

DON LUIS.

Ahora poco vi
un corro de caballeros
en el Prado, plazenteros
i alegres, i á hablarles fui.
Con ellos una tapada
hallé, de quien alabaron

---

[1] *Aparte.*

el donaire, i zelebraron
lo discreta i sazonada.
Desde el punto que llegué
otra palabra no habló,
tanto que á alguno obligó
á preguntarle porqué
al verme llegar habia
con tanto estremo callado.
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conozia,
i no pude, porque ella
sienpre se ocupó en taparse,
esconderse i apartarse.
Enpeñado en conozella,
seguirla determiné:
ella sin zesar volvia
á ver si yo la seguia;
i este anelo que noté
mas mi cuidado aumentó.
Sorprenderla enfin medito,
cuando del huesped bendito
un criado se azercó
á rogar que le leyese
un sobre. Yo respondí
que iba de prisa (creí

que detenerme quisiese
con este finjido intento,
pues ella le habló al pasar);
i dio tanto en porfiar
que apuró mi sufrimiento.
Vino en aquella ocasion,
en defensa del criado,
nuestro huesped, mui soldado:
reñimos, en conclusion:
heríle; i, llegando jente,
díjele que donde quiera
don Luis de Toledo era.
Arrojóse dilijente
á mis brazos, i una carta
de nuestro hermano me dio
en que zelebra que yo
con él la dicha conparta
de conozer á un sujeto
á quien debe honor i vida;
i que le hospede, en seguida
me dize, i sirva discreto.
Tal la suerte lo dispuso;
pero mas pudiera ser.

DOÑA ÁNJELA.

¡Miren la mala mujer

en que buen lanze te puso!
Hai mujeres tramoyeras.
Pondré que no conozia
quien eres, i que lo hazia
solo porque la siguieras.
¡Ah, sienpre, en casos iguales,
la cautela te faltó!

BEATRIZ.

Á legua pondria yo
la cruz á mujeres tales.

DON LUIS.

¿En qué la tarde has pasado?

DOÑA ÁNJELA.

En suspirar i jemir.

DON LUIS.

¿Piensas la vida rendir
á dolor tan estremado?
¿Para cuando es la prudenzia?
¿Hate escrito Pedro?

DOÑA ÁNJELA.

No.

DON LUIS.

¡Ai, Ánjela! ¡que mal yo
tolero su indiferenzia!

DOÑA ÁNJELA.

Olvida los sentimientos:
disimular es mejor;
que es nuestro hermano mayor,
i vivimos de alimentos.

DON LUIS.

Pues eso nos cunple, amiga,
á los dos. Sufrir conviene;
que al fin el que nos mantiene
á mucho mas nos obliga.

ESZENA III.

Doña Ánjela i Beatriz.

BEATRIZ.

¿Ves, señora, lo que pasa?
¿que el galan que ha defendido
tu vida, huesped i herido
le tienes dentro de casa?

DOÑA ÁNJELA.

Ya, Beatriz, lo sospeché
cuando de mi hermano oi
la pendenzia, i cuando vi

que el herido el huesped fue.
Mas aun bien no me consiento:
porque cosa estraña fuera
que un honbre á Madrid viniera,
i que diese en el momento
conmigo; que le rogara
que mi vida defendiese;
que luego don Luis le hiriese,
i que despues le hospedara.
Fuera notable suzeso;
i, aunque todo puede ser,
no lo tengo de creer
sin verlo.

BEATRIZ.

I si para eso
te dispones, yo bien sé
por donde atisvar podrás,
i aun mas que atisvar.

DOÑA ÁNJELA.

Tú estas
loca. ¿Cómo, si se ve
de mi cuarto tan distante
el suyo?

BEATRIZ.

Parte hai por donde

este cuarto corresponde
al otro.

DOÑA ÁNJELA.

Sí?

BEATRIZ.

No te espante.
¿No has oido que labró
en la puerta una alazena
tu hermano?

DOÑA ÁNJELA.

Ya lo que ordena
tu injenio conprendo yo.
Dirásme que por detras
algun agujero hagamos
por donde al huesped veamos.

BEATRIZ.

No, señora: intento mas.
Azia este cuarto de aquí
está la puerta que habia;
i aunque llave no tenia,
una he buscado, i la abrí
por mera curiosidad.
Despues se encuentra el estante
ó alazena, que al instante
con mucha fazilidad

abrí, porque solo tiene
un picaporte á este lado;
quedando así asegurado
el caso; pues quien previene
pasar allá, puede abrir
sienpre que lo deseare,
i quien de allá lo intentare
no lo podrá conseguir.
Para oler sin grande afan
ya de una tabla quité
un zierto nudo que hallé.

DOÑA ÁNJELA.

¿I desde allí no podrán
verle?

BEATRIZ.

No, que está azia el suelo;
i, en teniendo bien oscuro
nuestro cuarto, te aseguro
que se atisva sin rezelo
de que lo note honbre humano.

DOÑA ÁNJELA.

Tanto me lo fazilitas
que á hazer la prueba me inzitas.

BEATRIZ.

No dudes que todo es llano.

¿I, enfin, irás?

DOÑA ÁNJELA.

Beatriz, sí;
pues si él mi vida guardó
i jeneroso vertió
su hidalga sangre por mí,
bien es mirar por su herida,
mucho mas cuando sin miedo
de ser conozida puedo
ser con él agradezida.
Despues contigo he de ver
la alazena; i, si pasar
puedo al cuarto, he de cuidar
(sin que él lo llegue á entender)
de su asistenzia i regalo.

BEATRIZ.

Notable chiste será,
si no canta.

DOÑA ÁNJELA.

No lo hará,
no lo temas.

BEATRIZ.

Fuera malo.

DOÑA ÁNJELA.

No; que si ha mostrado bien

con el valor i el azero
que es cortes i caballero,
será callado tanbien.

ESZENA IV.

DOÑA ÁNJELA I DOÑA JUANA.

DOÑA ÁNJELA.

¿Tú por acá, prima mia?

DOÑA JUANA.

Mas espero que lo estrañes
cuando sepas que contigo
esta noche he de quedarme,
i algunos dias quizá.

ESZENA V.

DICHAS I DON LUIS.

DON LUIS.

He sabido en este instante
con sorpresa, Juana hermosa,

que un disgusto (que esplicarme
no han podido), con mi hermana
por nezesidad os trae.
No hai mal que por bien no venga
dizen adajios vulgares;
i en mí se ve, pues que vienen
para mi bien vuestros males.

DOÑA JUANA.

Es zierto, señor don Luis,
que he tenido un pesar grave.
La ocasion la disteis vos;
pues, aunque ignora mi padre
quién es el galan, no ignora
que hai quien de noche me hable
por las rejas del jardin;
i, miéntras su enojo pase,
quiere que esté con mi prima.

DON LUIS.

Si tratara de engañarme
á mí propio, yo os dijera
con mentiras elegantes
que siento el veros aquí;
mas, si va á dezir verdades,
no me pesa, si es mi amor
quien causa vuestros azares.

Solo os diré que, en saliendo
del cuidado indispensable
de agasajar á un amigo
que viene á casa á hospedarse,
á vuestro padre hablaré;
i espero de sus bondades
que no me sabrá negar
lo que llegue á suplicarle.

DOÑA JUANA.

¿Qué le pediréis?

DON LUIS.

Que apruebe
tan suspirados enlazes:
que en vuestra mano me dé
la prenda mas estimable:
que mis dulzes esperanzas
lleguen á ser realidades.

DOÑA JUANA.

Agradezida os estoi.

DOÑA ÁNJELA.

Falta solo que se marche
el huésped.

DON LUIS.

Aun no ha venido,
¿i ya quieres despacharle?

Él solo se detendrá
en la corte lo que baste
para algunas dilijenzias;
pues su Majestad le haze
grazia de zierto gobierno,
al que se irá cuanto ántes.

DOÑA ÁNJELA.

¿I no volverá mas?

DON LUIS.

No.

Yo no sé porqué te cause
tan terrible enfado un honbre
á quien no viste, i que, á estarse
mas en Madrid, no podria
con su presenzia enojarte;
pues en zerrando la puerta
por donde comunicable
es tu casa con la mia,
¿qué habrá que pueda inquietarte?

DOÑA JUANA.

Tu hermano dize mui bien.

DOÑA ÁNJELA.

Es verdad; pero me cabe
mucha parte en vuestra dicha,
i siento que se dilate

el término á que aspiraran
vuestros desvelos amantes.

DON LUIS.

¡Ai, Ánjela! mis deseos
son á los tuyos iguales.

DOÑA JUANA.

Señor don Luis, si el amor
creze en las dificultades,
esta dilazion hará
vuestra fineza mas grande.

DON LUIS.

Adios, Juana; adios, bien mio.

DOÑA JUANA.

El zielo, señor, os guarde.

DON LUIS.

Cuídamela bien, hermana.

DOÑA ÁNJELA.

Aunque tú no me lo mandes.

ESZENA VI.

DOÑA ÁNJELA I DOÑA JUANA.

DOÑA ÁNJELA.

Vámonos adentro, prima:

tomarémos, si gustares,
una conserva; i en tanto
sabrás un caso notable.

DOÑA JUANA.

¡Caso notable! Ya siento
lo que en dezírmele tardes.

ACTO SEGUNDO.

ESZENA I.

COSME. [1]

Buena sala, buena alcoba,
buenas sillas, buen bufete,
buen dormitorio de Cosme,
buena copa, buenos muebles;
todo bueno. Con que ahora
saquemos lo que contienen
nuestras maletas, i luego
la distribuzion enpieze.
Esta ya se abrió, i estotra
con un cordelillo viene
atada. Ya está de par
en par. Pero ¿quién me mete
prisa? Ademas que ya es tarde,
i á mas andar anocheze.
Pues, señor, hasta otra vez.

[1] *Con dos maletas.*

Estas maletas se queden
aquí; i, aunque el amo dijo
que le saque ropa i peines
i todo se lo disponga,
tienpo queda sufiziente.
I puesto que en esta esquina
un tabernero lo vende
puro i bien medido, vamos
i echarémos dos chisguetes
del tinto de Valdepeñas,
ó del blanquillo de Yepes.

ESZENA II.[1]

Doña Ánjela, i Beatriz.

BEATRIZ.

Solo está el cuarto. Si digo
que he sentido claramente

[1] *Despues de una breve suspension salen, abriendo la alazena como una puerta, Beatriz con linterna sorda, i detras doña Ánjela.*

zerrar con llave la puertá.

DOÑA ÁNJELA.

Á mucho llego á atreverme.

BEATRIZ.

I bien: ¿á qué hemos venido?

DOÑA ÁNJELA.

Á volvernos mui en breve;
que para hazer una sola
travesura dos mujeres,
basta haberlo imajinado:
porque al fin esto no tiene
mas fundamento que haber
hablado en ello dos vezes.
Abre la linterna: observa
si hai aquí velas, i enziende.

BEATRIZ.

Puestas en dos candeleros
enzima de este bufete
hai dos: enziéndolas anbas,
i pésele á quien le pese.

DOÑA ÁNJELA.

Aquí miro dos maletas.

BEATRIZ.

I abiertas. Señora, ¿quieres
que examinemos un poco....

DOÑA ÁNJELA.

Sí, que quiero entretenerme
en ver qué ropas i alhajas
trae.

BEATRIZ.

Soldado i pretendiente,
mal pertrechado vendrá.

DOÑA ÁNJELA.

¿Qué es eso?

BEATRIZ.

Muchos papeles.

DOÑA ÁNJELA.

¿Son de mujer?

BEATRIZ.

No, señora,
sinó prózesos que vienen
cosidos, i pesan mucho.

DOÑA ÁNJELA.

Mal en eso te detienes.

BEATRIZ.

Ropa blanca hai aquí alguna.

DOÑA ÁNJELA.

¿Huele bien?

BEATRIZ.

Sí, á linpia huele.

DOÑA ÁNJELA.

Ese es el mejor perfume.

BEATRIZ.

Las tres calidades tiene
de blanca, blanda i delgada.
Hola! En forma de billetes
legajo segundo.

DOÑA ÁNJELA.

Muestra.
De mujer son, i contienen
mas que papel. Un retrato
hai aquí.

BEATRIZ.

¿Qué te suspende?

DOÑA ÁNJELA.

El verle; que una hermosura,
viva ó pintada, divierte.

BEATRIZ.

Pareze que te ha pesado
de hallarle.

DOÑA ÁNJELA.

¡Que nezia eres!
No mires mas.

BEATRIZ.

¿I qué intentas?

DOÑA ÁNJELA.

Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato.[1]

BEATRIZ.

Entre tanto
la maleta del sirviente
rejistraré. Esto es dinero.....
Cuartazos son insolentes.
Una burla le he de hazer,
i ha de ser de aquesta suerte:
quitarle de aquí la mosca
al tal lacayo, i ponerle....
¿Qué le pondrémos....? Zeniza,
pues tan á mano me viene.
Luzido queda el sison.

DOÑA ÁNJELA.

Ya escribí. ¿Cuál te pareze,
Beatriz, sitio mas seguro
para que yo el papel deje?

BEATRIZ.

Yo le pusiera debajo
de la toalla que tienen
las almohadas; que, al quitarla,

---

[1] *Pónese á escribir.*

le hallará forzosamente:
i no es parte que hasta entónzes
se ha de andar.

DOÑA ÁNJELA.

Mui bien lo adviertes.
Ponle allí, i ve recojiendo
estos chismes; que no debe
estar mas tienpo mi prima
de zentinela.

BEATRIZ.

Que tuerzen
la llave ya.

DOÑA ÁNJELA.

Pues dejarlo
todo, esté como estuviere.
Escapemos al instante.
Ven.

BEATRIZ.

Alazena me fezit.

ESZENA III.

COSME.

¡Oiga pues...! ¿Luzes aquí....?

¡Válgame Dios...! Pues ¿quién puede
haber sido? ¡Caso estraño!
Mas ¿quién nuestra hazienda vende,
que haze subasta con ella?
¡Vive Cristo que pareze
Plazuela de la zebada
la sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie;
i si está alguno, no quiere
responder, i haze mui bien,
que tengo un miedo solemne.
Tenblando estoi. Pero como...
pero como á mí me deje
el revolvedor de chismes
libre mi dinero, llegue
i trastorne las maletas
una i cuatrozientas vezes.
Mas ¿qué miro? ¡Vive Dios
que en zeniza le convierte!
Duendezillo de mil diablos
(quien quiera que seas ó fueres)
el dinero que des tú,
en lo que mandares vuelve;
mas el que yo hurto, ¿porqué?

ESZENA IV.

Dicho, don Luis i don Manuel.

DON MANUEL.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

¿Qué te suzede?
¿Porqué dabas vozes? Habla.

COSME.

¡La pregunta es aparente!
Si tienes por inquilino,
señor, en tu casa un duende,
¿para qué nos rezibiste
en ella? Un instante breve
que falté de aqui, la ropa
me barajó de tal suerte
que, por el suelo esparzida,
una almoneda pareze.

DON LUIS.

¿Falta algo?

COSME.

No falta nada.
El dinero solamente

que en ésta bolsa tenia,
que era mio, me convierte
en zeniza.

DON LUIS.

Sí, ya entiendo.

DON MANUEL.

¡Que nezia burla previenes!
¡que fria i que sin donaire!

DON LUIS.

¡Que mala i que inpertinente!

COSME.

Pesia tal que no me burlo.

DON MANUEL.

Calla, que estas como sueles.

COSME.

Es verdad que suelo estar
en mi juizio muchas vezes.

DON LUIS.

Quedad con Dios, i acostaos,
don Manuel; que ziertamente
nezesitais de reposo.
I, aunque la herida fue leve,
hazed que otra vez os curen;
pues nunca nunca conviene
que la desprezieis del todo.

I no temais que os desvele
el duende de la posada.
No en vano sois tan valiente
como sois, si habeis de andar
desnuda la espada sienpre,
saliendo de los disgustos
en que ese loco os pusiere.

ESZENA V.

Don Manuel i Cosme.

DON MANUEL.

¿Ves como por ti me tratan?

COSME.

Dos mil demonios me lleven
si no es verdad que salí,
i este diablo, ó lo que fuere,
hizo el estrago.

DON MANUEL.

Recoje
eso que esparzido tienes,
i vete á dormir.

COSME.

Señor,
en una galera reme.....

DON MANUEL.

Calla, nezio; ó vive Dios
que una costilla te quiebre.

COSME.

Pesárame mucho i mucho
que tal cosa aconteziese.[1]
Ahora bien: vuelvo á envasar
otra vez los ingredientes
de mis maletas.

DON MANUEL.

Alunbra,[2]
Cosme.

COSME.

Pues ¿qué te suzede?
¿Diste ya con Martinico?

DON MANUEL.

Fui á acostarme, i halleme
debajo de la toalla
de la cama este billete

---

[1] *Entra don Manuel en su dormitorio.*
[2] *Saliendo del dormitorio.*

zerrado; i ya el sobrescrito
me admira un poco.

COSME.

¿Á quién viene?

DON MANUEL.

Á mí; mas el modo estraño.

COSME.

¿Cómo dize?

DON MANUEL.

De esta suerte:
»soi de don Manuel, i solo
don Manuel abrirme debe.«

COSME.

¡Plegue á Cristo que me creas
por fuerza! No le abras, tente:
conjúrale, señor, ántes.

DON MANUEL.

Cosme, lo que me suspende
es la novedad, no el miedo;
que quien admira no teme.

Lee.=»*Con cuidado me tiene vuestra salud, como quien fue la causa de su riesgo: i así, agradezida i lastimada, os suplico me aviseis de ella, i os sirvais de mí: que para lo uno i lo*

otro habrá ocasion dejando la respuesta donde hallareis este. Advirtiendo que el secreto inporta; porque el dia que le sepa vuestro amigo, perderé yo el honor i la vida."

COSME.

¡Estraño suzeso!

DON MANUEL.

Estraño?

COSME.

¿Eso no te pasma?

DON MANUEL.

No:
ántes con esto llegó
á mi duda el desengaño.

COSME.

Cómo?

DON MANUEL.

¿Quién dudar podria
que aquella dama tapada
que tan ziega i tan turbada
de nuestro don Luis huia,
era su dama; supuesto,
Cosme, que no puede ser,
si es soltero, su mujer?

I, dado por zierto esto,
¿qué dificultad habrá
de que en casa de su amante
tenga ella mano bastante
para entrar?

COSME.

Mui bien está
pensado; mas mi temor
pasa adelante. Confieso
que es su dama, i el suzeso
te doi por bueno, señor.
Mas ella ¿cómo podia
desde la calle saber
lo que llega á suzeder,
para que este mismo dia
dispuesto el papel tuviera?

DON MANUEL.

Despues de verme hospedado
pudo dársele á un criado.

COSME.

I, cuando todo así fuera,
¿cómo aquí han de haberle puesto,
pues nadie en el cuarto entró
desde que en él quedé yo?

DON MANUEL.

Bien pudo ser ántes esto.

COSME.

Sí; pero, al ver derramadas
estas cosas.... billetito....
i.... por san Pedro bendito
que yo....

DON MANUEL.

Mira si zerradas
esas ventanas estan.

COSME.

Zerradas, i tienen rejas.

DON MANUEL.

Con mayor duda me dejas;
i tentaziones me dan....

COSME.

De qué?

DON MANUEL.

No sabré esplicarlo.

COSME.

En efecto ¿qué has de hazer?

DON MANUEL.

Por ahora responder [1]

---

[1] *Pónese don Manuel á escribir.*

intento, sin mas pensarlo,
en estilo que parezca
que no pudo á mi valor
alterar ningun temor:
que no dudo que se ofrezca
una ocasion en que demos
(si han de continuar así)
con quien entra i sale aquí.

COSME.

Quiera Dios que lo contemos.[1]
Tomadlo, tomadlo á risa.
Juro que en brasas estoi,
i que al cuerpo, por quien soi,
no me llega la camisa.
Espíritu sutil, vivo,
pues que no te cuesta nada,
esta mosca desgraziada
vuelve á su ser primitivo;
ó date ya por contento,
i no me persigas mas.

DON MANUEL.

Lo que respondo verás.

---

[1] *Recoje i conpone alguna ropa de la que aun hai esparzida.*

COSME.

Ya, señor, escucho atento.

DON MANUEL lee.

"*Fermosa dueña, cualquiera que fuéredes la condolida de este asendereado caballero, i que asaz piadosa vos acuziais en aminorar sus cuitas, ruego vos que me querais fazer sabedor del follon endriago ó pagano malandrin que en este encanto vos amanzilla, para que (sano ya de las pasadas feridas) segunda vegada en vueso nonbre entre con él en descomunal batalla, magüer que finque muerto en ella; ca non es la vida de mas pro que la muerte, tenudo á su deber un caballero. El dador de la luz vos acorra é faga bienandante, é á mí non olvide. =El caballero de La dama duende.*"
¿Qué tal?

COSME.

Allá lo verémos.
Alabo vuestra frescura.
I de esta nueva aventura,
dezid, señor, ¿no darémos

cuenta á nuestro huesped?

DON MANUEL.

No:
porque no tengo de hazer
daño alguno á una mujer
que así de mí se fió.

COSME.

No señor: mas hai en esto
de lo que á ti te pareze.
Con cada discurso creze
mi sospecha.

DON MANUEL.

Dila presto.

COSME.

Que van i vienen supon
papeles, i que, despues
de este tráfico, te ves
en la misma confusion.
¿Qué creerás?

DON MANUEL.

Que injenio i arte
hai para entrar i salir,
para zerrar, para abrir,
i que el cuarto tiene parte
por donde; i, en duda tal,

el juizio podré perder,
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural.

COSME.

¿No hai duendes?

DON MANUEL.

Nadie los vio.

COSME.

Familiares?

DON MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

Brujas?

DON MANUEL.

Ménos.

COSME.

Hechizeras?

DON MANUEL.

¡Que error!

COSME.

¿No hai súcubos?

DON MANUEL.

No.

COSME.

¡Vive Dios que te cojí!

Diablos?

DON MANUEL.

Sin poder notorio.

COSME.

¿Hai almas del purgatorio?

DON MANUEL.

¿Que me enamoren á mí?
¡Hai mas nezia boberia!
Déjame que estas pesado.

COSME.

I, enfin, ¿qué has determinado?

DON MANUEL.

Asistir de noche i dia
con cuidado singular
á ver si alcanzo quien sea;
pero no esperes que crea
que es duende ni familiar.
Ya verme obligado siento
á ir al Escorial mañana.

COSME.

Pues yo de mui buena gana
iria en este momento.[1]

---

[1] *Cosme toma una vela i alumbra á don Manuel azia su dormitorio.*

ACTO TERZERO.

ESZENA I.

Doña Ánjela, doña Juana, i Beatriz. [1]

DOÑA ÁNJELA.

Ya ves que pareze hecho
á propósito el estante,
i que no es, cual tú creias,
mi proyecto inpracticable.

DOÑA JUANA.

Yo no me harto de reir.
Solo me admira que alabes
de mui entendido á un honbre
que los sesos se devane
sin dar en donde estar debe
el secreto.

---

[1] *Aparezen reconoziendo la alazena.*

DOÑA ÁNJELA.

¿Tú no sabes
lo del huevo de Juanelo?
Pues los injenios mas grandes
trabajaron en hazer
que en un bufete de jaspe
se tuviese en pie: i con solo
llegar mi Juanelo i darle
un golpezillo, le tuvo.
Las graves dificultades
hasta saberlas lo son;
que, sabido, todo es fázil.

DOÑA JUANA.

Dizes bien. ¡Vaya, no puedo,
prima, dejar de acordarme
del papel de esta mañana!

DOÑA ÁNJELA.

Sorpresa mui agradable
fue para mí ziertamente
tal desenfado i donaire.

DOÑA JUANA.

I, hasta ahora, ¿qué ha creido
nuestro caballero andante?

DOÑA ÁNJELA.

Segun anoche escuché,

ha llegado á encapricharse
en que debo de ser dama
de don Luis; i se persuade
á imajinarlo el enpeño
que formo en no declararme,
el sijilo que le encargo,
i ver mi entrada aquí fázil.

DOÑA JUANA.

Te dije que solamente
dificultad se me haze
una cosa; pero tú,
por no perder los instantes
en que tu hermano está fuera,
la tal cosa no escuchaste.

DOÑA ÁNJELA.

Di cual es.

DOÑA JUANA.

Cómo este honbre,
viendo que hai quien lleva i trae
papeles, no te ha espiado
i te ha cojido en el lanze.

DOÑA ÁNJELA.

Dos azechos tengo: el uno
es un mendigo tunante
que pide, i reza oraziones,

lleno de trapos i parches.
Ahí en la calle de Francos
tiene su puesto, delante
de la puerta de esta casa:
observa quien entra i sale;
i así que al huesped i á Cosme
ve salir, tuerze la calle,
pasa por allá llorando
sus trabajos i sus males,
i esta es la señal segura
de que en el cuarto no hai nadie.

DOÑA JUANA.

¿I el otro azecho?

DOÑA ÁNJELA.

Beatriz,
que observa por esta parte
de acá.

DOÑA JUANA.

Dígote que son
precauziones admirables.

BEATRIZ.

I, á no ser por ellas, creo
que hoi mismo pudo acabarse
la tramoya. Yo atisvaba
por la tabla, vijilante:

los vi salir, i torzieron
con mucho ruido la llave.
Doi aviso á mi señora;
i, esperando á que pasase
el pobreton predicando
las zinco nezesidades,
tal honbre no parezió.
Rezelosas i cobardes
nos pusimos en azecho;
i á los dos vimos mui graves,
cada cual en una silla,
sin chistar ni menearse,
quietezitos, i observando
atentos á todas partes
á ver si el duende salia
para en la tranpa pillarle.
Pero el duende no salió.

DOÑA JUANA.

I enfin ¿qué hizieron?

BEATRIZ.

Estarse
yertos como dos estatuas
unas dos horas cabales,
hasta que, echando reniegos,
enprendieron su viaje

al medio dia.

DOÑA JUANA.

Entretanto
yo sufrí como una mártir
la visita de mi abuela.

BEATRIZ.

Si os habló de sus achaques
la señora, mui prudente
estuvo al fin en marcharse.

DOÑA JUANA.

Otra pregunta.

DOÑA ÁNJELA.

Cual es?

DOÑA JUANA.

De tan locos disparates
¿qué piensas sacar?

DOÑA ÁNJELA.

No sé:
dijérate que mostrarme
agradezida, i pasar
mis penas i soledades;
pero aun es algo mas, Juana,
pues, apasionada i frájil,
he llegado á tener zelos
de ver que el retrato guarde

de que te he hablado; i estoi
dispuesta, si logro hallarle,
á hazerle pedazos.

DOÑA JUANA.

Mira
que eso es amor.

DOÑA ÁNJELA.

Ni negarte
que es amor cabe en mi aprezio,
ni en la altivez mia cabe
confesarlo. Será envidia.

DOÑA JUANA.

Llámese como se llame.

DOÑA ÁNJELA.

I si fuese amor, ¿no tengo,
Juana, disculpa bastante?
Es mui galan, mui cortes,
mui entendido i afable,
mui amigo de mi hermano
don Pedro (quien dél se haze
lenguas refiriendo hazañas
i virtudes militares):
es de la corte bienquisto;
i, para no molestarte
i dezirlo de una vez,

es á mis ojos amable.

DOÑA JUANA.

Con eso basta. ¡Qué diera
por verle i examinarle
bien á mi gusto!

DOÑA ÁNJELA.

Pues mira:
no está la ocasion distante.

DOÑA JUANA.

¿Qué dizes?

DOÑA ÁNJELA.

No tengas duda.
I pues la suerte te trae
á ser mi huéspeda, cuenta
con que has de verle i hablarle.

DOÑA JUANA.

¿Cómo, i en dónde?

DOÑA ÁNJELA.

En mi casa.

DOÑA JUANA.

¿Luego intentas declararte
con él, i dezir quien eres?

DOÑA ÁNJELA.

No tal: el zielo me guarde.
El error en que él está

es del todo favorable;
pues el creer que soi dama
de don Luis mi hermano, haze
que él prozeda sijiloso
sienpre, turbado i cobarde:
i ya ves que me espondria,
si llego á manifestarme,
á que, sabiendo quien soi,
me desprezie ó me desaire.

DOÑA JUANA.

¿I cómo has de verle?

DOÑA ÁNJELA.

Escucha.
Tengo dispuesto que pase
á mi cuarto, i que despues,
sin saber cómo, se halle
en el suyo. Para esto
un papel he de dejarle
designándole la hora
i al mismo tiempo el paraje
en donde le ha de esperar
un coche. Calles i calles
discurrirá nuestro honbre;
i, sin que el metal de nadie
oiga, se hallará de pronto

donde puedas contenplarle.
Á mi hermano le dirémos
que te vuelves con tu padre
esta noche. De ese modo
omitirá visitarte;
i verás como ensayamos
á nuestro sabor el baile.

BEATRIZ.

Todo eso está mui bien;
mas ¿no fuera mejor ántes
prevenirme lo que debo
hazer con el azafate
que ya tienes preparado?

DOÑA ÁNJELA.

Ai! en traerle no tardes;
que vuelven mañana, i son
mui preziosos los instantes.
I pues hecha está la cama,
dentro de ella colocarle
es lo mejor. Pero deja,
que ahora me ocurre agregarle
aquel pañolillo.... Vamos,
verás, Juana, como saben
los duendes, en ocasiones,
obrar finos i galantes.

DOÑA JUANA.

El pícaro del amor
¡cómo te lleva i te trae!

ESZENA II.

Don Manuel i Cosme.[1]

COSME.

Sienpre te he servido bien:
un descuido no está en mano
de un católico cristiano.

DON MANUEL.

¿Quién ha de sufrirte, quién,
si lo que mas me inportó
i lo que mas te he encargado
es lo que te se ha olvidado?

COSME.

Pues por eso se olvidó.

DON MANUEL.

Es torpeza no traer
los papeles....

---

[1] *Teatro oscuro.*

COSME.

Para eso
los puse aparte; i confieso
que el cuidado vino á ser
el mismo que me dañó:
pues, si aparte no estuvieran,
con lo demas se vinieran.

DON MANUEL.

Harto es que se te acordó
en la mitad del camino.

COSME.

Un gran cuidado llevaba
de que algo se me olvidaba;
i me sacaba de tino
el no dar en ello.

DON MANUEL.

I harto
fue que por dicha no vieras
á don Luis, i no le dieras
la llave de nuestro cuarto.

COSME.

Así mi yerro emendé;
porque, si olvidé llevar
los papeles, de entregar
la llave no me acordé.

DON MANUEL.

¿Dijiste al alquilador
que traiga otras mulas presto?

COSME.

Se lo dije; torzió el jesto,
i respondió: »no señor,
no hai otras: todas estan
ocupadas; i, hasta el mártes,
que de tres ó cuatro partes
unas cuantas me vendrán,
no tengo mas que estas dos.«

DON MANUEL.

Pues yo en ellas no he de ir.

COSME.

¡Cómo, si para subir
(milagro ha sido de Dios)
atropellado te viste
i á punto de perezer!
¡Que corcobos! ¡que morder!
Si el camino que enprendiste
seguimos, á la hora de esta
uno cojo i otro manco,
tendidos en un barranco,
dábamos fin á la fiesta.
Yo voi por luz.

DON MANUEL.

Entretanto
veré si se ha recojido
don Luis.

COSME.

Sin duda dormido
está el duende, por Dios santo.

ESZENA III.

BEATRIZ.[1]

Á oscuras i sin candil,
como dijo el otro, vengo.
Como no tropieze i caiga,
i derrame por el suelo
azafate i ropa i todo,
no será poco. ¡Que miedo
tengo! I yo no sé de qué.
¿De qué he de tenerle? Siento
rumor.... No, que estoi solita.
Si no hai nadie, si se fueron,

---

[1] *Sale por la alazena con un azafate cubierto con un tafetan.*

¿á qué viene que yo tienble?
Pero, entretanto, yo tienblo
de pies á cabeza. El caso
es que á la alcoba no azierto,
ni sé donde está. Perdí
el tino, vamos. No encuentro
silla, ni mesa, ni mueble
ninguno.... ¡Que desazierto
el mio no haber traido
la linterna! Mas no debo
culparme á mí. „Corre, lleva
ese azafate al momento:
no te detengas. Sin luz
puedes ir: entra; i, torziendo
azia la izquierda, te hallas
en la alcoba sin tropiezo.“
Allí está, i allí estará,
á la izquierda, sí por zierto.
¿I cuál es la izquierda ahora,
si ya no sé donde tengo
la cabeza? Ai Dios! si vienen
i me pillan aquí dentro,
la hizimos buena en verdad.
Pues...! ahí estan...! dicho i hecho...!
i vienen con luz...! peor!

Aquí dio fin el suzeso;
que ya ni esconderme es fázil,
ni puedo colarme adentro.

ESZENA IV.

Dicha i Cosme.[1]

COSME.

Señor duende, si á los duendes
hidalgos i caballeros
las súplicas los ablandan,
humildemente le ruego
que no me estorve ni asuste:
déjeme su merzed quieto;
que hai que sacar ziertas cosas
de las maletas, i luego
si viene el amo i no está
todo segun su deseo,
¡pobre Cosme!

---

[1] *Con la zerilla enzendida.*

BEATRIZ.

Esto es forzoso.[1]

COSME.

¡Ai, infeliz, que me han muerto!

ESZENA V.

Dichos i don Manuel.

DON MANUEL.

¿Quién grita? ¿Cómo no hai luz
en esta sala? ¿Qué es esto,
Cosme?

COSME.

Confesion!

DON MANUEL.

¿Qué ha sido?

COSME.

Que me ha tirado en el suelo
el duende, i con una maza,
de zien quintales lo ménos,
de los pies á la cabeza
me ha molido todo el cuerpo.

---

[1] *Dale un golpe, apágale la luz, i busca la alazena para escapar por ella.*

DON MANUEL.

Buscá luz....[1] Pero, ¿quién va?
¿Quién está aquí? Ya le tengo,
Cosme.... luz.

COSME.

Si yo encontrara
uno de los candeleros...
No le sueltes; tenle bien.

DON MANUEL.

Despáchate.

COSME.

Voi corriendo.

BEATRIZ.

Hallé mi alazena. Agur.[2]

ESZENA VI.

Don Manuel.

No se mueva; estese quedo,

---

[1] *Tropieza con el azafate.*

[2] *Vase por la alazena, dejándole el azafate en la mano; i Cosme por la puerta con uno de los candeleros.*

sea quien fuere, ó le paso
con una estocada el pecho.
Pero solo tiento aquí
ropa, i con nadie tropiezo.
¿Que será? Cosme.

COSME.

Ya voi.[1]

DON MANUEL.

¡En que confusion me encuentro!

ESZENA VII.

Dicho i Cosme.

COSME.

Téngase el duende á la luz.
¿I qué es dél? ¿No estaba preso?
¿Qué se hizo? ¿Á dónde fue?
¿Qué es esto, señor?

DON MANUEL.

No azierto

---

[1] *Desde adentro.*

á responder. Esta ropa
me ha dejado, i se fue huyendo.

COSME.

¿Por dónde?

DON MANUEL.

Por esa puerta.

COSME.

Eso ha sido; no hai remedio.
I yo le vi.

DON MANUEL.

Tú le viste?

COSME.

Sí: cuando estaba enzendiendo
la vela, le vi pasar
zerca de mí mui lijero.
Lo mismo que una zentella
iba.

DON MANUEL.

¡Lo que miente el miedo!
¿I qué figura tenia?
¿No te acuerdas?

COSME.

Sí me acuerdo.
Era como un frailezillo
chicuelo, gordillo i feo,

con sus hábitos i todo.

DON MANUEL.

¿De que color?

COSME.

Zenizientos.

DON MANUEL.

Alunbra, i lo que ha dejado
el frailezillo verémos.
Toma este azafate.

COSME.

¿Yo
azafates del infierno?

DON MANUEL.

Tómale digo.

COSME.

Señor,
si tengo suzios los dedos
del pábilo. Mejor es
que le pongas en el suelo.

DON MANUEL.

Es ropa blanca, i mui buena,
nueva, fina; i con esmero
viene conpuesta. Un papel
hai aquí tanbien. Verémos
si es discreto el duendezillo.

COSME.

Así no diera tan rezio.

DON MANUEL lee.

"*En el poco tienpo que ha que vivis en esta casa no se ha podido disponer mas ropa. Conforme se fuere haziendo se irá llevando. En cuanto á lo que dezis del amigo don Luis, persuadido sin duda de que soi su dama, os aseguro que ni lo soi ni puedo serlo. La esplicazion de esto queda para la vista, que será mui pronto.=Dios os guarde.*"

Bautizado está este duende;
i ha de ser cristiano viejo,
segun acaba las cartas.

COSME.

¿I despues de este suzeso
aun sostendrás que no hai duendes?

DON MANUEL.

¡Qué disparate tan nezio!

COSME.

¿Disparate, cuando tocas
tú mismo caso tan nuevo
como venirse á tus manos

un regalo por el viento?
¿I aun lo dudas? Mui bien hazes,
pues que te va bien con ello;
mas deja que yo lo crea,
ya que en estos chascos llevo
lo peor.

DON MANUEL.

¡Qué desatino!

COSME.

Cayéndose de su peso
está. Si la ropa tiran,
te ries mucho de verlo,
i yo soi quien la conpone
(que no es trabajo pequeño).
Si á ti te dejan papeles
i te llevan tus conzeptos,
á mí me dejan zeniza
i me llevan mi dinero.
Si, cuando los dos venimos
aquí casi á un mismo tienpo,
te dan á ti un azafate
de camisas i pañuelos;
á mí un mojicon me dan
tan descomunal, tan fiero
que si me dan el segundo

allí me dejaran muerto.
Para ti solo, señor,
es el gusto i el provecho;
para mí el susto i el daño:
i tiene el duende, en efecto,
para ti mano de oro,
para mí mano de hierro.
Pues déjame que lo crea;
que se apura el sufrimiento
queriendo negarle á un honbre
lo que está pasando i viendo.

DON MANUEL. [1]

Sienpre que salgo, no hai duda,
se introduze en mi aposento
esta persona ó demonio
que me tiene el juizio vuelto.
¡I que jamas dé con ella!
Tal vez estará en azecho
ahora mismo... Esto ha de ser:
debo finjir que me ausento.
[2] ¿I aun estas con esa sorna
viendo lo que apremia el tienpo;

---

[1] *Llamado á sí.*

[2] *Alzando la voz, i dirijiéndose á Cosme.*

que aguarda el alquilador
con las mulas, i.... Al momento
despacha. Pon en la manga
esos papeles.

COSME.

Yo pierdo
la pazienzia....

DON MANUEL.

No repliques
digo. Por tu poco seso
me espera estar caminando
toda la noche. Lo ménos
veinte vezes te mandé
poner los papeles dentro
de la tal manga.— Ya voi.—
Que no te se olvide hazerlo;
que en vano es ir sin llevarlos.—
No se me olvidará.— I luego
en la mitad del camino:
„¡ai, señor, ahora me acuerdo
de que dejé los papeles
sobre una silla.“ En mi jenio
no sé como me contuve.

COSME.

Mas, señor....

DON MANUEL.

Acaba presto,
i vamos.

COSME.

Pero, señor...

DON MANUEL.

Callarás? Abajo espero.

COSME.

No, señor: yo iré delante.

DON MANUEL.

De tus temores reniego.

ACTO CUARTO.

ESZENA I.

Doña Ánjela i Beatriz.[1]

DOÑA ÁNJELA.

¿Con que estas zierta, Beatriz,
de que al fin marcharon?

BEATRIZ.

Dale.
Con estos, que han de comer
tierra, lo vi. Hecho un vinagre
el huésped, riñó al criado
porque, despues de encargarle
mil vezes que en una bolsa
aquellos autos llevase,
en el cuarto los dejó,
dando con su olvido márjen

[1] *Saliendo de la alazena con linterna.*

á desandar i á volver
á andar una buena parte
del camino. En tanto Cosme
acomodaba los tales
papelotes. Don Manuel
le daba prisa bastante,
por estar las mulas listas
i por irse haziendo tarde;
i, finalmente, se fueron,
i no hai mas.

DOÑA ÁNJELA.

Apuro grande
ha sido el en que te has visto.

BEATRIZ.

Tienblo solo de acordarme.
En mi vida le he pasado
mayor, ni espero pasarle.
Pero, enfin, cuando vi al honbre
asido del azafate,
i amenazando de muerte
al que osara menearse,
me escabullí, i él quedó
dando puñadas al aire.

DOÑA ÁNJELA.

¡Cual su confusion seria!

BEATRIZ.

Si han de pasar adelante
estas burlas, ó amo i mozo
son un par de badulaques,
un bravo par de zopencos,
ó, á fuerza de calentarse
la cabeza, van á ver
la casa de los orates.

DOÑA ÁNJELA.

Dame la linterna, i vete
con mi prima en el instante;
que yo enzenderé las velas.
I ven corriendo á avisarme
si mi hermano....

BEATRIZ.

Ya. ¿I no tienes
aquí miedo?

DOÑA ÁNJELA.

Disparate!
¿De qué cuando estoi segura?
Que zierres bien el estante
por detras; no haga Patillas
que pase alguno i repare
en la tranpa: i no te olvides,
si algo ocurre, de llamarme.

Si no hai novedad, vendrás
cuando las onze tocaren.[1]

ESZENA II.

Doña Ánjela.

¿Dónde estará aquel retrato
que tan confusa me trae?
¿I dónde aquellos billetes
que temo hallar, i anhelante
busco? ¿Si los llevará
consigo? Sí: es mui probable,
advirtiendo que hai persona
que en este cuarto entra i sale.
¿I yo pensaba.... ¡Infelize!
¡Oh que mal hize en formarme
lisonjeras ilusiones
que al fin van á disiparse!

---

[1] *Se azerca al bufete, abre la linterna, i enziende las dos bujias.*

ESZENA III.

Doña Ánjela, Don Manuel i Cosme.

COSME.

Digo que es tentar á Dios....

DON MANUEL.

Pisa quedo.

COSME.

Yo no sé
como piso cuando todo
tienblo de manos á pies.
¡Ai, Dios! ¿No lo dije? ¡El duende!

DON MANUEL.

Mira si calculé bien.

COSME.

I no no es este el de marras;
porque ¿quién ha de creer
que pudiera en dos instantes
crezer tanto el duende aquel?

DON MANUEL.

Entre mis papeles busca
alguna cosa.

COSME.

Así es.
Vámonos, señor.[1]

DON MANUEL.

Despazio
está.

COSME.

¿No nos vamos?

DON MANUEL.

Qué?

COSME.

¿Que si nos vamos?

DON MANUEL.

Á dónde?

COSME.

Á donde pueda toser.

DON MANUEL.

Aguarda, que á los reflejos
de la luz todo se ve,
i en mi vida he visto cara
mas hermosa de mujer.

COSME.

Vamos, que esa es añagaza

---

[1] *Doña Ánjela se sienta.*

de los demonios.

DON MANUEL.

¿Qué haré?
Nunca me he visto cobarde
sinó solo aquesta vez.

COSME.

Yo sí muchas.

DON MANUEL.

I herizado
el cabello, torpe el pie.
Mas ¿yo he de tener temor?
Ánjel ó demonio, á bien
que en esta ocasion tus artes
no te pueden defender.

DOÑA ÁNJELA.

[1] ¡Ai, infelize de mí!
Finjida su ausenzia fue.

COSME.

De parte de Dios te pido....

DOÑA ÁNJELA.

Jeneroso don Manuel
de Avendaño, á quien está
guardado un inmenso bien,

---

[1] *Aparte.*

no me sigas, no me toques;
porque perderás tal vez
una dicha con que el zielo
te quiere favorezer.
Esta tarde te escribí
en el último papel
que nos veríamos presto;
i anteviendo aquesto fue.
Mi palabra se ha cunplido,
supuesto que ya me ves
en la mas humana forma
que he podido elejir. Ve
en paz, i déjame aquí;
pues aun cunplido no es
el tienpo en que mis suzesos
has de alcanzar i saber.
Mui pronto los sabrás todos.
I mira que á nadie des
parte de esto, si no quieres
una gran suerte perder.
Vete en paz.

COSME.

Pues con la paz
nos convida, será bien
darle gusto. Vamos.

DON MANUEL.

No,
no te canses, no me iré.
Mujer (quien quiera que seas,
que no tengo de creer
que eres otra cosa nunca),
descúbrete: dime pues
quién eres, cómo has entrado
aquí, con que fin, i á qué.
No he de esperar ni un instante:
en este punto ha de ser.
Habla, que arrestado estoi.

DOÑA ÁNJELA.

No me toques: juizio ten,
si no quieres que á mi voz
el zentro llegue á romper
del abismo tenebroso,
i te prezipite en él.
No así la cólera eszites
que he querido contener.
Huye, infeliz, i no esperes
que te lo mande otra vez.

DON MANUEL.

Nada que digas podrá
hacerme retrozeder;

nada: i con aqueste azero
lo que tú puedes veré.

DOÑA ÁNJELA.

¡Ai de mí! Deten la espada,
el brazo fuerte deten;
que no es tuyo dar la muerte
á una infelize mujer.
Yo confieso que lo soi;
i si es delito el querer,
si la ternura es delito,
ese mi delito fue.
Escúchame.

DON MANUEL.

Di quien eres.

DOÑA ÁNJELA.

Fuerza dezirlo ha de ser,
ya que no puedo llevar
hasta el fin (¡hado cruel!)
este amoroso deseo,
esta esperanza, esta fe.
Pero estamos á peligro,
si nos oyen ó nos ven,
de la muerte, porque soi
mucho mas de lo que ves.
I así es fuerza, por quitar

estorbos que pueda haber,
zerrar con llave esa puerta,
i en la escalera el canzel.

DON MANUEL.

Alunbra, Cosme. ¿I ahora
has llegado á conozer
como es mujer i no duende?

COSME.

¡No lo dije yo tanbien?

ESZENA IV.

Doña Ánjela.

Zerrada estoi.... no hai remedio....
todo se ha echado á perder:
es preziso declararle
quien soi.

ESZENA V.

Dicha i Beatriz.

BEATRIZ.

Ze, señora, ze.

Don Luis tu hermano ha venido.

DOÑA ÁNJELA.

¡Á que buen tienpo, mujer!
Aun puede hazerse la farsa.
El billete que forjé
dejo en el suelo, i al lado,
para que le puedan ver,
coloco la otra bujia.
Ya suben: vámonos pues.
¡Ai, don Manuel! ¡Ai, amor...!
La duda se queda en pie.

ESZENA VI.

Don Manuel i Cosme.

DON MANUEL.

Ya estan zerradas las puertas.
Proseguid, señora; hazed
relazion.... Pero ¿qué miro?
¿Dónde está?

COSME.

¿Pues yo qué sé?
¿Ves la otra luz en el suelo?

DON MANUEL.

I junto á ella hai un papel.
Examinemos.... Mas ántes
pretendo reconozer
la alcoba. Dame esa luz.

COSME.

¿Ha parezido?

DON MANUEL.

Cruel
es mi suerte.

COSME.

Pues ahora
por la puerta no se fue.

DON MANUEL.

Mira tu cuarto.

COSME.

En mi cuarto
no hai nadie.

DON MANUEL.

¿Miraste bien
si debajo de la cama....

COSME.

Sí, señor; ya lo miré.

DON MANUEL.

Alza ese tapete.

COSME.

Aquí
tanpoco está su merzed.

DON MANUEL.

Esta alazena....

COSME.

De vidrios,
búcaros.... ¡Por zierto que es
buen jénero para burlas!
Por aquí no hai que temer.

DON MANUEL.

Leamos el papel ahora.

COSME.

¡Cuál huele á resina i pez!

DON MANUEL lee.

*"Si sois tan bravo que os arre
teis á verme en mi casa, saldréis e
ta noche aconpañado únicamente
vuestro criado. Dos familiares mios
una silla os esperan, en punto de l
onze, en el zementerio de san Seba
tian. Valor i silenzio."*
¿Qué hora es?

COSME.

Mas de la una.

DON MANUEL.

Mientes, que las diez contamos
cuando á casa regresamos.

COSME.

Reniego de mi fortuna.
Pero señor...

DON MANUEL.

Ven conmigo.

COSME.

¡Válganme las tres Marias!
¿De un duende, señor, te fias?
¿No reparas....

DON MANUEL.

Vamos digo....
Mas no: si exije valor
de mí, mayor mostraré
yendo solo. Solo iré.

COSME.

Es muchísimo mejor.

DON MANUEL.

Otra capa, otro sonbrero
tráeme luego al instante. [1]
¡Que así una mujer te espante!

---

[1] *Lo haze así.*

¡Que seas tan majadero!

COSME.

Cuentan que el diablo tomó
la forma de una donzella
aseada, rica i bella,
i á un pastor se aparezió.
Él en amores se enziende
de objeto tan delizioso;
i, bajo un sauze frondoso....
Ya vuesa merzed me entiende.
A su horrible i feo estado
tornose el diablo despues,
i dijo al rustico: »¿ves,
mísero, lo que has gozado?
Desespera, pues que fuiste
de tal crímen agresor.«
I él, con flemático humor,
respondió: ¿quieres que un triste
desespere, o sonbra vana?
Pues, si lo dizes de veras,
en la forma que trajeras
vente por acá mañana;
i hallarás un testimonio
en mi entusiasmo i plazer
de que en forma de mujer

interesa aun el demonio.
Aplica, señor, el cuento:
aunque (la verdad te hablo)
este duende es mas que diablo,
i es mejor irse con tiento.

DON MANUEL.

Como sonbra se mostró:
como exalazion se fue;
pero en forma humana, á fe,
ver i tocar se dejó.
Rezeló como mortal:
como mujer ¡ai! jimiera,
i mi pecho conmoviera.
¡Viose confusion igual!
Por mas que al discurso doi
rienda, no sé (¡suerte dura!)
si esta vez tras mi ventura,
ó tras mi desgrazia voi.

ACTO QUINTO.

ESZENA I.[1]

Don Manuel, doña Ánjela, doña Juana, i algunas damas.[2]

DOÑA ÁNJELA.

Aquí deberéis estar:
no hazed ruido; que pudiera
sentiros alguien, i fuera
causa de un grave pesar.

DON MANUEL.

Aunque es tal mi confusion,
solo podrá darme enojos
el no gozar de esos ojos
á que rendí el corazon.

---

[1] *Teatro oscuro.*

[2] *Salen todos por la alazena, i las mujeres enlutadas.*

Confuso, no débil, llego
á sentirme; que aunque es tanto
el poder de vuestro encanto
i en tales dudas me anego,
el encanto que mas yo
admiro es vuestra belleza,
en la que naturaleza
á sí misma se eszedió.

DOÑA ÁNJELA.

¿I qué, señor, reservais,
despues de lo que dezis,
para el dueño á quien servis,
cuya imájen conservais,
i por quien (testigos fieles
de pasion tan seductora)
os hablan á cada hora
mil amorosos papeles?

DON MANUEL.

Mal esta vez la ficzion,
señora, habeis sostenido;
pues de cuanto habeis sabido
debeis saber la ocasion.
Tal ignoranzia i desvelos
vuestro poder disminuyen,
i, á dezir verdad, arguyen

que sois mortal i con zelos.

DOÑA ÁNJELA.

¡Yo zelos! ¿Estais en vos?
¡Cómo espresion tan liviana!

DON MANUEL.

Zelos digo de mi hermana.

DOÑA ÁNJELA.

Ni de nadie ¡vive Dios...!
Luego vuestra hermana es
orijinal del retrato
que guardais con tal recato.

DON MANUEL.

I suyas las cartas pues.
Zesen, amable señora,
artes que el injenio alcanza,
i dad alguna esperanza
á un corazon que os adora.

DOÑA ÁNJELA.

Razon es ya que sepais
quien vuestra quietud altera.
Mujer soi, como cualquiera;
pero á quien solo obligais.

DON MANUEL.

Poco os obligo, á mi ver
(en tal duda me mantengo),

cuando mas que sentir tengo,
señora, que agradezer.
I así me doi por sentido.

DOÑA ÁNJELA.

¿Vos de mí sentido?

DON MANUEL.

Sí;
pues que no fiais de mí
quien sois, ni....

DOÑA ÁNJELA.

Tened os pido.
Si quereis venirme á hablar,
con calidad ha de ser
que no lo habeis de saber
ni lo habeis de preguntar:
porque para con vos hoi
un enigma á ser me ofrezco;
que ni soi lo que parezco,
ni parezco lo que soi:
i si á la luz que me veis,
señor don Manuel, me amais,
cuando á otra luz me veais
quizá me aborrezeréis.
Debo ademas advertiros
que hazeis agravio á mi fama

en conzeptuarme dama
de don Luis.

DON MANUEL.

¿I á qué encubriros
dél con tanto ardor?

DOÑA ÁNJELA.

Pudiera
ser tan prinzipal mujer
que tuviera que perder
si don Luis me conoziera.

DON MANUEL.

Pues dezidme solamente
cómo á mi cuarto pasais.

DOÑA ÁNJELA.

Ni eso es tienpo que sepais;
que hai el mismo inconveniente.
Pues no se recoje tarde
mi padre, vendrán por vos
dentro de poco.

DON MANUEL.

Id con Dios,
bella dama.

DOÑA ÁNJELA.

El zielo os guarde.

ESZENA II.

Don Manuel.

¡O que mal haze quien entra
donde no alcanza ni entiende
qué daños se le aperziben,
qué riesgos se le previenen!

ESZENA III.

Dicho i Cosme.[1]

COSME.

¡Hola, se apagó la luz!
¿Á que la ha apagado el duende?
Algo he dormido. Por poco
me deja el miedo que pegue
los ojos; pues aunque ahora
está mi señor en rehenes,
¿quién quita que, en acabando
con él, conmigo se enrede

[1] *Saliendo de su dormitorio.*

este espíritu infernal?
Abrir la puerta conviene
para escapar en un caso.

DON MANUEL.

Á esta parte suena jente.
¿Quién es?

COSME.

¡Ánimas benditas!
¡Santo mio san Silvestre!

DON MANUEL.

¿Quién es, digo?

COSME.

Un pobre diablo [1]
que con ninguno se mete.
Señor duende, así jamas
con ninguna cruz tropieze:
así las señoras duendas
le lloren (como yo sienpre
aquellos cuartos de marras),
que sus furores enfrene.
Si mi amo es un menguado,
un loco, un inpertinente,

---

[1] *De rodillas.*

un mono de los del dia,
un inpio que no cree
que hai familiares, espectros,
lámias, brujas de copete,
vánpiros, májica blanca,
i májica negra i verde;
yo confieso que hai de todo,
i confieso finalmente
que por presenzia i potenzia
existis, aunque le pese
á los que creen tan solo
que zinco i ocho son treze.

DON MANUEL.

Calla, bribon. Este es Cosme.

COSME.

Callaré mas que un pariente
pobre en la casa de un rico.

DON MANUEL.

¿Acabarás? Nezio, vuelve
en ti: yo soi tu señor.

COSME.

Aunque mi señor parezes,
eres muchísimo mas;
pues que mi señor no tiene
esa descomunal maza

con que tú cascas las liendres.

DON MANUEL.

Don Manuel soi, majadero;
no lo dudes. Dime: ¿vienes
siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí á esconderte
tanbien en este aposento?

COSME.

Ya creo que mi amo eres;
pues un duende no ensartara
desatinos tan solemnes,
á no estar beodo.

DON MANUEL.

Responde.

COSME.

¡Lindo desenfado es ese!
Respóndeme á mí primero.
¿No te fuiste mui valiente
solo donde te esperaban?
¿Pues cómo tan pronto vuelves?
¿I, enfin, por dónde has entrado
hasta aquí, cuando no tiene
el cuarto mas que esta llave?

DON MANUEL.

Pues dime: ¿qué cuarto es este?

COSME.

El tuyo, ó el del demonio,

DON MANUEL.

Viven los zielos que mientes;
pues que léjos de mi casa,
i en otra bien diferente
me hallaba en aqueste instante.

COSME.

Pues serán cosas del duende,
sin duda; porque te he dicho
la verdad neta.

DON MANUEL.

¿Tú quieres
que pierda el juizio?

COSME.

Es mui fázil
que desengañado quedes.
Sal, reconoze el terreno,
i aquí estoi yo.

DON MANUEL.

Bien me adviertes.

ESZENA IV.

Cosme i Beatriz.

BEATRIZ.

Ze, señor, ze.

COSME.

Esto es peor.
Zeáticas son estas zees.
¡Pues no me ha dado un calanbre
i un frio que ni moverme
puedo.

BEATRIZ.

Venid.

COSME.

Yo.... si....

BEATRIZ.

Vamos,
señor, que el tienpo se pierde.[1]

ESZENA V.

Don Manuel.

Este en efecto es mi cuarto.

---

[1] *Tómale de la mano, i llévale por la alazena.*

Por mas que revuelvo espezies,
nada saco en claro, i solo
mi pena i confusion crezen.
Cosme...., Cosme.... ¡Vive el zielo
que toco con las paredes!
¿Yo no hablaba ahora con él?
¡Cómo se desapareze
con tal prontitud....! De chasco
pasa lo que me suzede.
La alcoba.... Ocúltome en ella,
i venga lo que viniere. [1]

ESZENA VI.

Cosme i Beatriz.

BEATRIZ.

Entra pronto. [2]

---

[1] *Ocúltase en la alcoba.*

[2] *Vase, dejandose la alazena abierta.*

ESZENA VII.

Don Manuel i Cosme.

DON MANUEL.

Ya logré
mi intento, pues que se advierte
ruido.

DON LUIS.

¡Por Dios que vi un honbre![1]

COSME.

Malo es esto.

DON LUIS.

¿Cómo tienen
desviada esta alazena?

COSME.

Ya se ve luz. Un bufete
que he encontrado aquí me valga.[2]

DON MANUEL.

Lo derecho es sorprenderle.[3]

---

[1] *Habla desde adentro.*

[2] *Escóndese debajo del bufete.*

[3] *Mete mano á la espada.*

ESZENA VIII.

Dichos i don Luis.[1]

DON LUIS.

¡Don Manuel!

DON MANUEL.

¡Don Luis! ¿qué es esto?
¡Quien vio confusion mas fuerte!

COSME.

¡Oigan por donde se entró!
Dezirlo quise mil vezes.

DON LUIS.

Mal caballero, villano,
traidor, fementido, aleve,
que al honor de quien te estima,
te anpara i te favoreze,
sin recato te aventuras
i sin decoro te atreves;
esgrime ese infame azero.

[1] *Por la alazena, con una luz en la mano.*

DON MANUEL.

Solo para defenderme
le esgrimiré; sorprendido
tanto de oirte i de verte
en esta ocasion, que dudo
si me defienda, ó si deje....

DON LUIS.

No con razones me venzas,
sinó con obras.

DON MANUEL.

Detente
solo don Luis, hasta ver
si puedo satisfazerte.

DON LUIS.

¿Que satisfacziones caben
cuando agraviarme pretendes?
Si en el cuarto de esa fiera
entras surreptiziamente,
¿que satisfacziones bastan
á tanta ofensa?

DON MANUEL.

Mil vezes
ronpa esa espada mi pecho,
si yo supe que tuviese
paso este cuarto á otro alguno.

DON LUIS.

¿Pues qué hazer ni esperar puedes
aquí, enzerrado i sin luz?

DON MÁNUEL.

Yo no sé qué responderle.[1]
Á Cosme esperaba.

DON LUIS.

Cuando
yo te he visto esconder, ¿quieres
que mienian mis ojos?

DON MANUEL.

Sí;
que ellos engaño padezen
mas que otro sentido.

DON LUIS.

I cuando
los ojos á mentir lleguen,
¿tanbien mentirá el oido?

DON MANUEL.

Tanbien.

DON LUIS.

Todos al fin mienten:

---

[1] *Aparte.*

tú solo dizes verdad;
i eres tú solo el que...

DON MANUEL.

Tente;
pues ántes que lo pronunzies,
que lo imajines ni pienses,
te habré la vida quitado.
I ya, arrestada la suerte,
primero soi yo (perdonen
de amistad honrosas leyes).
Si es fuerza reñir, riñamos;
mas sea como se debe.
Parte entre los dos la luz,
que nos alunbre igualmente:
zierra despues esa puerta
por donde ziego previenes
tu daño, miéntras yo estotra;
i ahora en el suelo se eche
la llave, para que salga
el que con la vida quede.

DON LUIS.

Yo zerraré la alazena
por aquí con el bufete,
porque no puedan abrirla

por allá cuando lo intenten.[1]

COSME.

Descubriose la tramoya.

DON LUIS.

¿Quién está aquí?

DON MANUEL.

¡Dura suerte
es la mia![2]

COSME.

No está nadie.

DON LUIS.

Dime, don Manuel, ¿no es este
Cosme?

DON MANUEL.

Ya de hablar no es tienpo.
Creed de mí lo que quisiereis:
yo sé que tengo razon.

COSME.

I mucha razon que tiene.

---

[1] *Levanta el bufete, i halla á Cosme.*
[2] *Aparte.*

DON LUIS.

Ea pues, reñid entranbos.
¿Qué esperais?

DON MANUEL.

Mucho me ofendes
si eso presumes de mí.
No sé qué pudiera hazerse
de este criado. Soltarle
es enviar quien lo cuente;
i tenerle aquí ventaja,
pues por zierto ha de ponerse
á mi lado.

COSME.

No haré tal;
que hai un grave inconveniente.

DON MANUEL.

Dile pronto.

COSME.

Que mi espada
es donzella; i sin que medie
auto del señor vicario,
no puedo mano meterle.

DON MANUEL.

Solo por loco te dejo.

Nuestro duelo pues comienze.[1]

COSME.

No vi mayor tonteria
que matarse por un duende.

DON LUIS.

Sin armas estoi: mi espada
se desarma i desguarneze.

DON MANUEL.

No es defecto del valor:
de la fortuna aczidente
sí: buscad pues otro azero.

DON LUIS.

Al punto voi á traerle.
Zielos ¿qué deberé hazer
cuando el mismo que me hiere
en lo mas vivo del alma,
tan caballero prozede?

COSME.

Meditabundo está el honbre.

DON MANUEL.

¿No vais, don Luis? ¿Qué os suspende?

DON LUIS.

Voi: aqui volveré pronto.

---

[1] Riñen.

DON MANUEL.

Pronto ó tarde, aquí estoi sienpre.[1]

ESZENA IX.

Dichos, ménos don Luis.

DON MANUEL.

¡Que bien predije que habia
paso de otro cuarto á este,
i que era de don Luis dama
la que nos burla! Suzede
todo cual lo imajiné.

BEATRIZ.

Presto, presto, señor huesped,[2]
el bufete separad.[3]

COSME.

Señor, señor, que te pierdes.

---

[1] *Vase don Luis por la puerta del cuarto.*
[2] *Desde el agujero de la alazena.*
[3] *Lo haze.*

ESZENA X.

Dichos, doña Ánjela, doña Juana i Beatriz.

doña ánjela.

Señor don Manuel, el tienpo
apremia. Yo soi hermana
de don Luis. Cuanto habeis visto
ha sido de mi amor trazas.
De mi amor; que no es desdoro
confesarle, si resaltan
prendas en vos que merezen
aun estimazion mas alta.
Deseando conozeros
mi prima, se ocultó en casa:
vino zeloso en su busca
mi hermano, que la idolatra;
i por un descuido halló
descubierta aquesa entrada.
Miéntras aquí se dirije,
pensé yo evitar su saña
yendo casa de mi prima;
mas nos hallamos zerradas,

porque mi hermano al entrar
burló así mis esperanzas.
I observando desde allí
que salió por otra espada,
fiar á vuestra nobleza
resuelvo mi vida i fama.

COSME.

Para el puto que lo crea.

DOÑA ÁNJELA.

Él vuelve.

DON MANUEL.

No temais nada,
pues mi valor os defiende.
Poneos á mis espaldas.

ESZENA XI.

Dichos i don Luis.

DON LUIS.

Si tardé.... ¿Pero qué veo?
Ya no puede estar mas clara
mi ofensa. ¡Juana perjura!
¡Infame traidora hermana!

¡Falso amigo! ¿Así se portan
los nobles? Aczion tan baja
solo es propia de un villano...

DON MANUEL.

¡De un villano...! Basta, basta.
Advertid con quien hablais.
Creed, bajo mi palabra
de honor, don Luis, que hasta ahora
no he sabido que estas damas
son cosa vuestra. Os confieso
que adoro con toda el alma
á esta señora. El motivo
que tengo para adorarla
es historia peregrina
que dejo á otras zircunstanzias.
Ya sabeis que pertenezco
á una clase señalada;
que mis servizios merezen
el aprezio del monarca;
que vuestro hermano...

DON LUIS.

Zesad,
don Manuel. Mi inquietud calma
con que os tituleis su esposo.

DON MANUEL.

I mi dicha se declara.

DON LUIS.

Pero Juana....

DOÑA JUANA.

Por curiosa
te di un mal rato.

COSME.

Esta falta
¡que malos ratos nos da!

DON LUIS.

¡Ah, Juana bella! Mañana
acabarán mis zozobras
si, por premio á mi constanzia,
tu padre me da tu mano.

DOÑA JUANA.

Feliz yo!

COSME.

Señora diabla,
¿hazemos algo nosotros?

BEATRIZ.

Así que los demas hagan.
Pero ¿creerás en duendes?

COSME.

La leczion ha sido brava.

DON MANUEL.

Con todo, Cosme, no juzgues
que ya curado te hallas.
Difízilmente en el vulgo
un error se desarraiga;
i así no faltarán nunca
familiares i fantasmas.

FIN.